

tancia, su existencia naciente se vió de repente comprometida por el libertinaje de un solo hombre. Este hombre, antepasado de todos los don Juan pasados, presentes y futuros, se llamaba Tanquelin: á pesar de su nombre poco poético, jóven, buen mozo, rico, diestro, ejercía una inmensa fascinación, no solo en las mugeres, sino tambien en los padres, los maridos y los amantes, á los que robaba sus hijas, sus esposas y sus prometidas, y que en lugar de vengarse de sus tropelías, se veían, sin duda por mágia, obligados á ser los primeros á coadyuvar al logro de sus caprichos y voluntades; en fin, llegó á ser tal la corrupcion, que no siendo escuchada la voz de los siervos ordinarios de Dios en aquella nueva Sodoma, fué preciso recurrir á los grandes medios. Fué enviado un monje á San Norberto, que llegado con doce discipulos de Francia, verificaba allí grandes conversiones con su palabra, y grandes milagros con sus oraciones. El enviado, en quien se cifraba la esperanza de los pocos corazones virtuosos que habian quedado en la ciudad, partió con los pies descalzos en señal de humildad y profundo duelo, y caminó hasta que encontró al santo obispo y le condujo hácia la ciudad maldita: la crónica no dice si la conversion se operó por el agua de las nubes ó el fuego del cielo, pero lo que hay de cierto es que todos se arrepintieron: los padres volvieron á recobrar sus hijas, los maridos sus mugeres, y los amantes sus prometidas, de suerte que Tanquelin, no encontrando ya nadie á quien seducir, tomó el partido de hacerse fraile tocado de la divina gracia. En memoria de este milagroso suceso, fué edificada, en el terreno donde se reunía el cabildo de San Miguel, fundado por Godofredo de Bouillon en el momento de su partida para la Tierra Santa, la catedral de Nuestra Señora de Amberes. La gran torre que la domina es posterior á la iglesia; comenzada en 1422 bajo la direccion del arquitecto Amelins, fué terminada en 1518; su altura es de 470 pies, comprendiendo la cruz que tiene quince; de modo que desde la galería que la corona, se descubre Bruselas, Gante, Malinas, Breda, Flessinga, y aun el humo de los buques de vapor que entran en el Escalda. El coro de la catedral se comenzó en 1524: Carlos V fué el que puso la primera piedra.

Comienzo por la catedral, porque á ella es á donde se acude inmediatamente para saludar al famoso *Descendimiento de la Cruz*, sea que se haya visto en el Museo de Paris en los ocho años que estuvo aquí, sea que no se conozca sino por los miles de grabados que de él se han hecho. Hé aquí su historia:

Rubens estaba para volverse segunda vez á Italia, cuando, cediendo á las instancias de los archiduques Alberto é Isabel, resolvió fijarse en Amberes y comprar allí una casa. Hecha la adquisicion, para hacerse construir un es-

tudio á su gusto, quiso cambiar la distribucion de la finca, y echó los cimientos entre su jardín y el de la sociedad del Juramento de los arcabuceros; pero en su preocupacion artistica, sea que el plan concebido en la cabeza del pintor no fuese susceptible de ningun cambio, aquellos cimientos se metieron algo en la propiedad de los vecinos: dieron sus quejas al pintor los arcabuceros, el pintor los envió enhorramala; entablóse un litigio, el cual se presentó de tal modo, que prometía larga y preciosa vida, cuando el burgomaestre Rockock, gefe del Juramento y amigo de Rubens, se interpuso entre las partes beligerantes. Se acordó entonces que los arcabuceros abandonarían á Rubens el terreno en litigio, y que Rubens regalaria á los arcabuceros, para su capilla que estaba en la catedral de Amberes, un cuadro con puerta pintada por su mano, cuyo cuadro representaria un pasaje cualquiera de la vida de San Cristóbal, que no sé por qué era desde la invencion de la pólvora patron de los arcabuceros.

Rubens, que no solo era un gran pintor, sino tambien, como dice su epitafio, un hombre prodigiosamente versado en la ciencia de la historia antigua, no encontrando probablemente en la vida de San Crisóstomo, á pesar de ser muy interesante, un asunto que estuviese en relacion con sus ideas del momento, se fijó sencillamente en la etimología de la palabra griega *Christophoros*, que significa portador de Cristo, y creyó llenar ámpliamente las condiciones de su contrato ejecutando un cuadro cuyo asunto era un descendimiento de la cruz, y cuyos personajes sosteniendo á Cristo eran por consecuencia todos otros tantos *Christophoros*. La hoja del postigo de la izquierda, siempre el pintor preocupado con aquella idea, representaba á la Virgen María volviendo la visita durante su embarazo á Santa Isabel; y el postigo de la derecha, el sacerdote Simon teniendo á Jesus en sus brazos, cuando su madre y San José van á presentarle en el templo. Terminado el cuadro, el pintor le envió á la compañía de los arcabuceros, esperando que su ingeniosa idea satisfaria completamente sus exigencias: su error era grande. Los arcabuceros, que no sabian el griego, no viendo á su patron en el lienzo del fondo, ni en los postigos, pidieron con desahorados gritos el San Cristóbal ausente, se negaron á admitir el cuadro como un cuadro de lance que se quiere hacer pasar por nuevo, y le volvieron á enviar á casa del pintor, señalándole ocho dias para la restitution del terreno que era el objeto del litigio. El hecho era tanto mas desagradable para Rubens, cuanto que ademas de ver despreciar uno de sus mejores cuadros, el estudio estaba concluido, recibiendo la luz de lo alto, y de lo mas agradable que hubo jamás por su amplitud y disposicion.

El dia siguiente al en que volvieron á

romperse las hostilidades, el buen burgomaestre, que habia desempeñado el papel de intermediario para con las partes beligerantes, fué á ver á Rubens con la esperanza de arreglar por segunda vez el negocio; pero ahora era ya mas difícil, los ánimos estaban enconados, se habia separado de los arcabuceros furiosos, y encontró al pintor de muy mal humor. Sin embargo, como nada era un obstáculo á la bondad paternal del burgomaestre para con los primeros, ni á su amistad fraternal con el segundo, despues de tres ó cuatro viages hechos desde el estudio del pintor á la sociedad del Juramento, consiguió dulcificar el rencor del uno y disminuir las exigencias de los otros; de modo que al fin, anunció con todo el júbilo de su alma á Rubens que todo se habia terminado, siempre que consintiese en introducir entre los personajes un San Cristóbal de un tamaño cualquiera, no importando nada la talla; pero si su presencia declarada indispensable por unanimidad. Entonces Rubens abrió los postigos, y descubriendo su cuadro, demostró físicamente al burgomaestre que no le quedaba el mas pequeño rincón donde acomodar el santo que se le pedia. El burgomaestre reconoció la verdad de lo que le decia su amigo, pero cerrando á su vez los postigos que el pintor habia abierto, le mostró que toda la superficie exterior estaba desocupada, Rubens se puso al punto, tomó un lápiz blanco, y dibujó ante el embajador el gigantesco San Cristóbal que se presenta lo primero en la portezuela cerrada. El burgomaestre fué al punto á llevar aquella buena nueva á los arcabuceros, quienes satisfechos por la concesion, aceptaron esta vez el cuadro sin pedir la explicacion del buho que el pintor habia introducido allí para hacer alusion á su ignorancia.

Una anecdota no menos curiosa se refiere tambien al cuadro: dicese que en la época en que Rubens ejecutaba su obra maestra, habiendo sus discipulos conseguido de su criado, por medio de una gratificacion, la entrada en el estudio del maestro un dia que habia salido al campo y no debia volver hasta la noche, uno de ellos, empujado por sus camaradas, cayó sobre el cuadro y borró el brazo de la Magdalena, y la megilla y la barba de la Virgen que Rubens acababa precisamente de terminar. Grande fué la consternacion, y todos quisieron huir; pero el criado, sobre quien debia recaer naturalmente la responsabilidad del accidente, puesto que solo él tenia la llave del estudio, cerró la puerta y declaró que nadie saldria mientras el brazo de la Magdalena y la megilla de la Virgen no hubiesen vuelto á su estado natural: nada habia que contestar á esto; era muy justo: los discipulos estaban prisioneros, capitularon. Se puso á votacion para que la eleccion recayera en el mas apto, y nombraron á uno de ellos. El jóven, temblando, tomó la paleta y los pince-

les del maestro, y animado por sus camaradas, reparó el estrago causado, con tal perfeccion, que no solo no se apercibió Rubens del accidente, si no que mirando al dia siguiente con complacencia su trabajo del dia anterior:

—He ahí, dijo señalando el brazo de la Magdalena y la cabeza de la Virgen, una cabeza y un brazo que no es lo peor que he hecho ayer.

El jóven que tenia derecho á una parte de la alabanza que se dirigia Rubens á sí mismo, era Van-Dyck.

El autor del accidente era el jóven Diepenbick, que acababa de dejar la pintura en cristal para entrar en el estudio de Rubens, y cuyos primeros trabajos se pueden ver sin salir de la catedral: los vidrios de una de las ventanas que representa los cuatro administradores de rodillas, han sido pintados por él, y tienen un admirable colorido.

Al otro costado de la iglesia, la *Elevacion de la Cruz* hace juego con el *Descendimiento*: es imposible ver nada mas atrevido que esta disposicion diagonal que no podia ser intentada con éxito sino por un pintor de tanto capricho y poder. La cabeza del Cristo, á quien acaso solo Rubens ha hecho Hombre y Dios á la vez, presenta una espresion de dolor maggestuoso y sublime resignacion, que no he visto en esfigie alguna: todo el fondo de la parte superior está iluminado con un rayo de luz verdaderamente celestial; es la mirada que Dios deja caer desde lo alto de su gloria sobre la víctima espiatoria que ha sometido á las miserias y dolores humanos, mientras que el fondo de la parte inferior representa las tinieblas en que la tierra está sumergida. El cura de Saint-Valburge, que le habia ajustado con Rubens en dos mil florines de Brabante, exigió antes de contarlos al pintor que llenase aquel vacío con una figura ó un objeto cualquiera. Rubens pintó allí su perro. Todo allí es maravilloso, la ignorancia por una parte, y por la otra el desden.

Despues de haber ido al acaso de una obra maestra á la otra, volví frente al altar mayor, en donde está la *Asuncion de la Virgen*. Aquí Rubens comprendió que para hacer conocer que la Madre de Dios subia á reunirse con su Hijo, era preciso mostrarla mas cerca del cielo que de la tierra; y debia abandonar aquella encarnacion vigorosa que da á todas sus composiciones un carácter tan humano, por ese colorido vago y poético que pertenece á los ángeles acompañando un espíritu; esto es lo que ejecutó con la felicidad del genio. Todo el mundo conoce este cuadro, con su grupo de cabezas de querubines que semejan un enorme ramillete de rosas, sus doce apóstoles de rostros graves, sus encajes tan ricamente estendidos y arrojados con valentia: fué hecho en diez y seis dias por la cantidad de mil seiscientos florines, es decir, doscientos veinte

francos por día: este era el precio ordinario que Rubens ponía á sus composiciones.

Después de estos tres cuadros, es difícil hablar de las demás composiciones que adornan la iglesia de Nuestra Señora, y que completan su conjunto. Cuando se entra en la capilla Sixtina, no llama la atención más que el *Juicio final*; y sin embargo, las paredes están cubiertas de frescos que en cualquiera otra parte serían prolija y minuciosamente admirados. Así sucede con los genios de primer orden, anonadan todo lo que les rodea, y se engrandecen empequeñeciéndolo.

Sin embargo, al salir por la puerta lateral, es preciso dirigir una mirada á un pozo, cuyos adornos hechos á martillo están virgenes de la lima; es obra de Quintin Metzys, quien obedeciendo las órdenes, ó más bien el reto de su suegro, de herrero se hizo pintor, para obtener la muger á quien amaba: aquí se admira al obrero; en el museo se juzgará al artista. En efecto, uno de los primeros cuadros capilla con puertas que se encuentran al entrar, es de él: el fondo representa el entierro de Cristo; en el postigo de la derecha la cabeza de San Juan Bautista servida en la mesa de Herodes, y en el postigo de la izquierda, San Juan metido en el aceite hirviendo. Ante este cuadro recibió Metzys de su estravagante suegro la mano de su prometida.

Al pie de la torre de la catedral, ó de la iglesia de los cartujos de Kiel, en la que había sido enterrado primero, fué trasladado este pintor después de su muerte. Se lee este epitafio:

Quintin Metzys,
incomparabilis artis pictori admiratrix
grata que posteritas, anno post obitum se-
culare
cic. ic. c. XXIX.
posuit.

Este epitafio va acompañado de este verso latino:

Conunbialis amor de Mulcibre fecit Apellem.

Y encima se ve el retrato de Metzys en un medallón de piedra.

Después de la catedral, la iglesia más notable, no por su arquitectura, sino por los cuadros que contiene, es la de Santiago. Además, en una de sus capillas está el sepulcro de Rubens, con una sencilla lápida sepulcral en la que se lee este larguísimo epitafio; verdad es que los dos tercios últimos están consagrados, no á la memoria del pintor, sino á la gloria del que le hizo grabar. He aquí su traducción literal:

Pedro Pablo Rubens, caballero,
hijo de Juan, senador de esta ciudad,
señor de Hein,

quien, entre otras cualidades en las que has-
ta rayar en milagro
sobresalió, poseyó la ciencia de la historia
antigua;

quien dotado del genio de las bellas artes,
no solo por su siglo,
sino por todas las edades,
mereció ser llamado Apeles.

Y la amistad de los grandes y de los reyes
le sirvió de escalón para elevarse aun más.
Admitido por Felipe IV, rey de España y de
las Indias,

entre los secretarios de su Consejo privado,
á Carlos, rey de la Gran Bretaña,
fué enviado el año MDCXXIX;
de la paz entre los dos príncipes
echó al punto los cimientos felizmente.
Murió el XXX de mayo, del año de salva-
ción MDCXL.
de su edad el LXIV.º

Este monumento, por el muy noble Gevaertz
consagrado en otro tiempo á Pedro Pablo
Rubens

y abandonado por sus descendientes,
cuya línea masculina se había estinguido ya,
fué restaurado este año de MDCCLV
por R. D. Juan Bautista Santiago de Paris,
canónigo de esta ilustre iglesia,
y sobrino segundo del gran pintor por su
madre
y por su abuela.

Llábase á esta capilla, la capilla de Rubens; y efectivamente, de tal modo es suya, que nada hay allí que no traiga á la memoria su recuerdo. Los que van á arrodillarse en aquella capilla, cuando bajan sus ojos al suelo, por lo regular no leen otra cosa que la inscripción de su sepulcro, y cuando los levantan hácia el cuadro, buscan en la Sacra Familia, que es el asunto de él, los personajes de quienes el pintor ha sacado la semejanza. El abuelo de Rubens está allí bajo la figura del Tiempo, su padre bajo las facciones de San Gerónimo, sus dos mugeres bajo la imagen de Marta y Magdalena, en fin, el mismo pintor está allí representado en San Jorge, y en las espaldas de su hijo, que completa la reunión patriarcal en sus cuatro generaciones, ha colocado las alas de un ángel. Resulta que el mérito de este cuadro hace olvidar todo, hasta la hermosa *Virgen de Duquesnoy* que está en el altar, hasta el *Salvador en la cruz* de Van-Dick, que no debe olvidarse.

Por lo demás, en el Museo de Amberes es únicamente es donde se puede apreciar á fondo el genio de Rubens. No es permitido juzgar á este príncipe de los pintores, cuando no se ha visto el *Salvador Crucificado entre los dos ladrones*; la *comunion de San Francisco de Asis*, cuyo único defecto es recordar algo la de San Gerónimo; la *Adoracion de los Magos*, página colosal escrita en trece días,

en la que el autor ha hecho entrar camellos, caballos, veinte figuras y una multitud de accesorios, donde parece que los personajes han nacido de la palabra de un Dios, y donde se ve una capa de un solo color que se creeria hecha de una pincelada; el *Cristo de la Faja*, en el que la imitación del cadáver ha sido llevada hasta el punto de inspirar la repugnancia, el dolor de la Virgen imitado hasta el desprecio, y os sorprende con su terrible y doloroso conjunto como pudiera suceder con el espantosa realidad; y por último, el *Salvador en la Cruz*, en donde toda aquella animación de colorido y de imaginación se confunde con la finura melancólica de Van-Dick, como en el *Cristo en las rodillas de su madre*, que está al lado, se encuentra el avivamiento y el colorido de Rubens, que el estudio del Ticiano no ha borrado todavía.

Por lo que hace á mí, confieso mi predilección por Rubens: le amo, como amo á Shakespeare, porque encuentro en él las mismas cualidades que en el gran poeta. La misma trivialidad, la misma elevación, la misma humanidad, la misma poesía, idéntica rudeza y encanto. Ved como los hombres se doblegan á todos los caprichos de la pluma del uno y del pincel del otro, sin cesar jamás de ser hombres; y como siendo diferente, y aun muchas veces opuesto su modo de expresión, parten del mismo punto: ¡la verdad! ¡Cuán, cuán frondosas son ambas magníficas encinas; como crecen sin enjerto y sin poda, al calor del sol y bajo la mirada de Dios! ¡Cómo arrojan botones, flores y frutos á su capricho; y qué extraña y fecunda familia de reyes, príncipes, héroes, virgenes, ángeles y demonios ocultan en su follaje! Todo esto es magnífico hasta confundir el pensamiento, y espléndido hasta hacer bajar la vista, recordando que el hombre después de Dios puede crear tantas cosas!

Hermosa época fué la de los archiduques Alberto é Isabel. Puede compararse, para el arte flamenco, á la de Julio II para el arte italiano. ¡Ricas eran las existencias de Rubens y de Van-Dick! Rivalizaron con la naturaleza que dió vida á Miguel Angel durante un siglo, y que devoró á Rafael en menos de treinta y siete años. Vedles seguir cada uno su camino por entre príncipes y soberanos á quienes inmortalizan en cuanto han consentido en ser protegidos por ellos! ¡Cómo sabían entonces los reyes ser grandes por los demás, cuando no lo eran por sí mismos, y como desde aquel tiempo han olvidado el secreto de Carlos I, Felipe III y Luis XIV!

Rubens nació á fines del siglo cuyo principio habían visto Rafael y Miguel Angel. Es de familia noble, hijo de senador, versado en las ciencias y en las letras; pero su gusto le lleva á la pintura: entra en la escuela de Van-Ort, que deja muy pronto por la de Otave-

niens; luego, cuando conoce que sus maestros no tienen nada que enseñarle, parte para Italia, ¡el país de los dioses!

Jóven, de bello rostro, de cabellos rubios flotantes, su rojo bigote retorcido, la espada al costado, el fieltro en la cabeza, llega á la corte del duque de Mantua, que le da el título de gentil-hombre que nada le daba que hacer, y le elige para ir á llevar á Felipe III de España algunos presentes entre los que el embajador desliza su paleta y sus pinceles. Llegado á cierto grado el genio es bueno para todo.

Rubens desempeñó su misión como diplomático consumado. Vuélvese á Italia recorriendo las principales ciudades, estudiando los maestros que admira sin imitarlos, y añadiendo un lienzo allí donde ha dejado un vacío. Cuando está en su peregrinación, sabe que su madre está enferma, y abandona todo para volverla á ver, pero llega demasiado tarde.

Recibido por los archiduques que no quieren dejarle que vuelva á marchar, compra entonces una casa en Amberes y se casa con Isabel Brant.

Desde esa época comienza esa vida de producción inmensa é inagotable: cofradías, iglesias, museos, palacios, conventos, todos se dirigen á Rubens. Rubens tiene tiempo y fuerza para todo: así es como su genio ardiente y caprichoso está satisfecho; sus lienzos se cubren por magia, tiene el poder creador de un semidios! Los reyes no le mandan, le suplican. Acudiendo á la invitación de la madre de Luis XIII, va á Paris, recibe las instrucciones de la reina, vuelve á Amberes, y sin vacilar, sin detenerse, sin interrupción, comienza ese maravilloso catálogo de cuadros que comprenden toda la vida de María de Médicis, y que son los veinte y cuatro cantos de su historia. Desde entonces no sabe ya á qué rey corresponder, ni á qué país atender: la Inglaterra le llama, España le reclama, Italia le espera. No es posible seducirle con el oro, pues gana doscientos florines diarios! Se le ofrecen misiones, embajadas, acepta; atraviesa los reinos, y en cada parada de posta deja un cuadro; vuelve al fin otra vez á Amberes, su única, su verdadera patria, se casa con Elena Formann, decora la capilla donde debe ser sepultado, y muere lleno de años y de gloria, habiendo asistido en vida á su apotheosis.

En tanto aparece Van-Dick; el discípulo viene tras el maestro. Hemos visto cómo se eleva, Rubens tiene celos de él; ¿es por su talento ó por su muger? no se sabe. ¿Es como discípulo, es como amante? se ignora. Hay rivalidad entre aquellos dos hombres, esto es lo único que se sabe. Entonces se separan discípulo y maestro; el discípulo da al maestro un *Ecce-Homo*, un retrato de *Elena Formann* y una escena de *Jesus en el huerto de los olivos*, en la que se ha retratado á sí mismo en las facciones de Jesus. En cambio el

maestro da al discípulo un caballo árabe magnífico, regalo del rey de España, y Van-Dick parte como había partido Rubens, veinte y cuatro años antes, lleno como él de esperanza y porvenir.

El joven pintor, ansioso de aventuras, no anda mucho sin encontrar lo que busca. Se detiene en Saventhem, cerca de Bruselas, enamorado ya de una aldeana; á petición suya, y para complacerla, pinta dos cuadros para la iglesia de su aldea. En el primero, que representa á San Martín dividiendo su capa con un pobre, se retrata él mismo montado en el caballo blanco que le ha regalado Rubens; en el segundo, que representa la Sacra Familia, coloca el retrato de su amante, de su padre y de su madre. En fin, parte para esa eterna Italia, querida de todo el que tiene algo de poesía en el corazón; allí lucha cuerpo á cuerpo con el Ticiano y Pablo Veronese; iguala al uno por el modelo de las carnes y al otro por la seguridad del colorido; pasa después á Génova donde en sus *Escenas de la Italia*, Mery, el poeta romancero, nos le muestra pintor y amante; á Roma donde se consuela de su viudez; á Sicilia, donde se figura que dos de sus discípulos serán los únicos grandes artistas que poseerán jamás Messina y Palermo, y por último vuelve á Amberes donde pinta para la iglesia colegiata un *Cristo entre los dos ladrones* que los canónigos se niegan á admitir tratando el cuadro de mamaracho. ¡Ignorancia suprema demostraron aquellos canónigos!

De Amberes pasó á Inglaterra, á donde le llama Carlos I; allí es donde hace ese magnífico retrato que los ingleses ofrecen á nuestro Museo cubrir de oro: acógele el rey como una potencia, le da una pensión considerable, y le condecora con la orden del Baño. Este es el cuarto de hora brillante de la vida de Van-Dick. El pintor tiene una querida, una mesa y trenes que causan la envidia del príncipe real. Van-Dick, que no tiene ya nada á qué aspirar en lo material, aspira á lo imposible; sueña en la solución del gran problema, edifica una bóveda, compra crisoles, se hace alquimista; el oro que corre de su estudio á su laboratorio le sirve para buscar el medio de hacer oro. El rey, que le ve perder su fortuna en insensatos experimentos, y su salud en nocturnos placeres, le hace casarse con la hija de lord Ruthven, descendiente de aquel que, á la vista de María Estuardo, había asesinado cien años antes al músico Rizzio; luego, cuando le ha hecho poseedor de una de las más bellas, de las más nobles y más ricas herederas de la Gran Bretaña, le manda llevar su muger al continente, pero ha esperado demasiado tarde; al cabo de seis meses vuelve Van-Dick á Inglaterra, se agotan los manantiales de su vida, los más hábiles y solícitos cuidados no pueden salvarle. Muere á los cuarenta y dos años, y es enterrado en la iglesia de San Pablo.

He aquí la existencia de esos hombres llenos de honores, ardiendo de amor y genio. Vivos, pasan como meteoros á través del mundo que iluminan. Muertos, tienen una capilla por sepulcro, y una catedral por mausoleo.

Después de haber visto esas maravillas de pintura, aunque no tenía mucha curiosidad de ver otra cosa, como me quedaban aun dos horas largas entre la de cerrarse el Museo y la salida del convoy del camino de hierro, fui al puerto que es el único paseo de la ciudad: aquí, lo primero que llama la atención es bastante extraño; como el Escalda forma una revuelta á un cuarto de legua de la ciudad y desaparece de la vista, parece de lejos ver los buques de alto bordo, que siguen sus sinuosidades marchar por el llano y adelantarse hacia la ciudad por medio de alguna locomotora invisible.

Napoleon, cuyo sistema marítimo era colocar los grandes puertos de construcción en el interior de las tierras, en las embocaduras de los ríos más importantes, fué quien pasando á Amberes con Decrés, apreció la situación de esta ciudad, y mandó conducir á ella inmediatamente quinientos presidiarios de Brest para comenzar los primeros trabajos. Napoleon tuvo en aquella ocasión que vencer las objeciones de su ministro, que prefiriendo á Flessinga, le hizo observar, que si por algún suceso no probable, pero posible, llegaba á ser desmembrada la Bélgica de la Francia, sería muy sensible que se hubiesen hecho grandes gastos en la construcción de un puerto extranjero y hostil. Napoleon reflexionó un momento, luego: «La Bélgica, respondió, no puede pertenecer más que á un enemigo de los ingleses.» En virtud de esta positiva decisión, y gracias á aquella poderosa voluntad, por decreto de 21 de julio de 1803, mandó el gobierno la construcción del arsenal y almacenes marítimos. El 16 de agosto de 1804, colocó el prefecto la primera piedra del taller central de la marina, é hizo la inauguración del arsenal, y á fines de 1805, las tres corbetas *Faeton*, *Velera*, *Favorita*, y la fragata *Carolina* de cuarenta y cuatro cañones, se botaron al agua.

Así, en 1803, Amberes no tenía un solo buque que la perteneciese, ni un solo capitán capaz de hacer un viaje largo; y desde 1806 por la palabra mágica que la mandó ser, cuenta por la palabra mágica que la mandó ser, cuenta seiscientos veinte y siete buques con aparejo de bricks, sloops y smack; además tiene dos magníficas conchas donde se construyen á la vez diez navíos de línea, el *Amberiensis*, el *Comercio de Lyon*, el *Carlo-Magno*, el *Duquesclin*, el *Audaz*, el *César*, el *Ilustre*, el *Terco*, el *Dálmata* y el *Albanés*.

La ciudadela, que sitiaron en 1832 á favor de los belgas, sus fortificaciones fueron construidas por los españoles. En la esplanada de esta fortaleza es donde el duque de Alba, para perpetuar el recuerdo de la batalla de Gem-

ningen, se hizo levantar una estatua, que con el brazo extendido hacia la ciudad, le exigía obediencia, mientras pisoteaba al pueblo y la nobleza representada por un monstruo de dos cabezas, con las armas de los Mendigos, es decir, la escudilla y la alforja. Requessens sucesor del duque de Alba, hizo derribar aquella estatua, que se enterró bajo los escombros, donde el pueblo le descubrió en 1577. Tal era el odio contra el ministro de Felipe II, que los amberienses la pusieron una cuerda al cuello, la arrastraron por las calles y la hicieron pedazos.

En 1635, con los restos que de ella quedaban, se fundió el crucifijo que corona la puerta grande de la catedral.

GANTE.

Los caminos de hierro serán una maravillosa invención para los comisionistas y las maletas, pero de seguro son la ruina de lo pintoresco y de la poesía. Si Sterne hubiese tomado el camino de hierro de Calais á París, ciertamente no hubiese encontrado el burro cuya historia nos ha referido; y si yo hubiese tomado el camino de hierro de Villeneuve á Martigni, es más que probable que no hubiese hecho en Bex aquella famosa pesca de truchas que ha provocado una gran controversia entre los anticuarios y por tanto, adiós el *Diario Sentimental* y las *Impresiones de Viage*, lo cual sería, como se convendría en ello, una pérdida más deplorada que la de la famosa biblioteca de Alejandria.

Al volver de Amberes á Bruselas, supimos que los caminos de hierro de S. M. Leopoldo I hacían de las suyas. La antevíspera, el convoy de Termonde, picado por no sé que mosca, saliendo de repente de sus rails, se había ido tranquilamente á través de los campos; y una vez allí, había ejecutado con maravillosa destreza tres volteretas sobre sí mismo, sembrando en la llanura un regimiento de infantería que trasportaba con armas y bagages, el cual se levantó, se sacudió el polvo, volvió á formar y prosiguió su camino á pie con un orden que hizo el mayor honor á sus oficiales instructores. Mas no era esto todo: la vispera, un pontonero ebrio se había olvidado de ajustar los puentes, de modo, que el convoy que volvía de Brujas, y al que se descuidó dar el aviso de aquel accidente, iba á caer todo enteró en el Leys, cuando felizmente entre el tercero y cuarto carruaje, se habían roto las cadenas de union, de modo,

que no se ahogaron más que media docena de personas, en vez de doscientas que hubieran podido ser; dicha que fué apreciada por todos, excepto por los que habían tenido la suerte de colocarse en los tres primeros carruajes.

Como desde el establecimiento de las locomotoras de vapor no existe ya competencia, nos vimos obligados, á pesar de aquellos dos accidentes, á tomar al día siguiente por la mañana el camino de Gante, á riesgo de caer de cabeza en el tercero.

Generalmente, según dicen, se anda el camino de Bruselas á Gante, es decir, diez y ocho leguas, en tres horas; nosotros empleamos en ellas cinco. Pero nos hicieron observar que de aquellas cinco horas, dos se habían pasado en esperar, inmóviles y empaquetados en nuestros asientos, á que el convoy de Brujas hubiera vuelto, y por consecuencia, puesto que aquellas dos horas no se habían empleado en el camino, no debían contarse. Por mediana que fuese esta razón, nos fué preciso adoptarla como excelente. Por lo demás, esta forzada estación me había ofrecido una excelente ocasión de admirar la calma flamenca. En aquellas dos horas todos habían permanecido en su asiento sin dar la menor señal de fastidio, y sin informarse siquiera de por qué no avanzábamos. Tan solo tres ó cuatro franceses, á quienes se conocía por su impaciencia y por la manera defectuosa con que, según los belgas, hablaban nuestra lengua, zumbaban y se movían en sus carruajes respectivos, como zánganos alrededor de una colmena. Todo el secreto de la prosperidad belga está en estas dos palabras: Orden y paciencia.

En todo caso, la Flandes parece haber sido hecha adivinando los caminos de hierro. No sé si desde Bruselas á Gante han tenido que nivelar ni un hormiguero. De modo que el país, constantemente llano, es poco pintoresco; en cambio las casas más pequeñas tienen un aspecto de limpieza y un aire de felicidad cuya vista agrada mucho.

En cuanto llegamos á Gante, nos detuvimos en la fonda de los Países Bajos, que se recomienda por sus recuerdos históricos, además de recomendarse por sus cualidades materiales. En el mismo sitio estaba situada la casa donde se reunían secretamente el conde de Egmont y Guillermo el Taciturno.

Mi primer cuidado fué hacerme llevar al mercado del Viernes, es decir, al centro de la antigua ciudad: en esta plaza ó á su alrededor es donde ha pasado toda la historia comunal de aquel pueblo siempre en guerra con sus señores ó sus vecinos. El castillo de los Condes, edificado en 867 por Beaudoin Brazo de Hierro, domina ó más bien preside todavía el mercado; pero su puerta, almenada en 1180 por Felipe, conde de Flandes y de Vermandois, está flanqueada hoy por dos casas bastante mezquinas, de las que la de la izquierda